

# Sobre la politización de los conceptos y la conceptualización de lo político\*

Fecha de recepción: 16-7-2013

Fecha de aceptación: 18-9-2013

Lucila Svampa\*\*

## Introducción

El proceso de secularización en la modernidad trajo consigo una alteración del orden político vigente: si antes las configuraciones se sustraían a una fundación trascendental, ahora se plantean bajo un principio de indeterminación. Pero este trastocamiento no se circunscribe exclusivamente a dicho ámbito, sino que acompaña al de las representaciones simbólicas, que de la misma manera, manifiestan un trastorno por desligarse de las referencias en las que se fundamentaban, puesto que ya no hay, siquiera, una garantía última que fije el significado de las palabras. Estas quedan así liberadas a una multiplicidad de posibles sentidos que pueden adoptar, algo que provocará, una batalla por su apropiación. A partir de este desacuerdo sobre los distintos significados de las cosas, es que se funda una nueva forma de pensar la política. En base a dichas afirmaciones, se evidencia un campo de reflexión hartamente problemático: en tanto las palabras no tengan una relación necesaria con las cosas ¿cómo definir su uso? ¿Cuál es el impacto que esto tiene sobre la noción de verdad y conocimiento?

Si bajo los anteriores presupuestos la verdad implicaba la búsqueda de un lugar de descanso para el pensamiento a partir del cual todo pueda ser justificado, —a modo de fuente de sentido— la novedad que irrumpiría como consecuencia de esta turbación es que las arquitecturas semánticas construidas en la contemporaneidad tendrían por fondo lo abismal. Ahora bien, en este contexto, lo caótico representa lo opuesto del conocimiento: puras sensaciones entre las que el sujeto se encuentra perdido, conformarían un torbellino de impresiones sin forma. Mas considerando que el conocimiento precisa en cambio de cierta estabilidad que ordene y jerarquice mediante conceptos, amenaza el riesgo de un error a ciegas. En esta instancia uno de los retos al que se enfrentaría el pensamiento recaería en ir más allá de la recolonización de ciertas nociones. Pero ¿en qué consistiría un abordaje que conciba una vía alternativa? ¿Es posible recurrir a la idea de un origen, de una utilidad, para ocupar los significantes que quedan *vacantes*, ante tal crisis? ¿Sería posible en cambio, prescindir de aquellos absolutos y postular valores de alcance conjetural o regulativo? El abordaje del conocimiento en un contexto protagonizado por la fisura de las antiguas denominaciones que habían

\* Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en el Congreso de la *Asociación de Estudios Latinoamericanos* (LASA) bajo el título "Aproximaciones a la historicidad de los discursos" en Washington, DC, el 1 de junio de 2013.

\*\* M. Lucila Svampa es docente de Teoría Política Contemporánea en la Carrera de Ciencia Política, de la UBA. Desarrolla sus actividades de investigación en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales. Es además becaria doctoral de CONICET.

prevalcido en el pensamiento contemporáneo abre un complejo espacio de reflexión sobre el status de los conceptos ¿deberían estos estudiarse a la luz de la sucesión histórica de sus finalidades o como portadores de cambios históricos? ¿Qué tipo de elementos intervienen en su definición?

El futuro escrito se inscribirá en el complejo cruce planteado por tales problemas, a partir de un principio metodológico de intertextualidad que retome la historia conceptual de lo político como grilla categorial, pero sin al mismo tiempo perder de vista una perspectiva genealógica. Esto se traducirá por un lado, en un trabajo que aborde la noción de la lucha por la apropiación de los significados que Koselleck presenta, y por otro lado, el aporte del Michel Foucault arqueológico de *Les mots et les choses*, así como también trabajos posteriores en los que se evidencia con más fuerza la herencia nietzscheana de su propuesta genealógica, como *Nietzsche, Freud, Marx*, y *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Con tales fines se prevé trabajar en torno a tres grandes ejes: en principio, se dedicarán algunas líneas introductorias a la crisis de sentido alcanzada por la ausencia de fundamentos último, luego, se abordará esa cuestión desde historia de los conceptos, y finalmente, desde el problema de la interpretación y verdad.

## 1. Rupturas en la prosa del mundo

Lo que nos importa es lo siguiente: sospechamos cuando carecemos de todo criterio formal que nos permita distinguir lo real del semblante. Y al faltar ese criterio, se impone la lógica de que cuanto más se presenta una convicción subjetiva como real, más es necesario sospechar de ella. (...) En esas condiciones, ¿qué es lo único seguro? La nada. Sólo la nada no es sospechosa, porque no pretende ningún real. La lógica de la depuración, señala finalmente Hegel, es provocar el advenimiento de la nada. La muerte es, en definitiva, el único nombre posible de la libertad pura, y lo único de lo cual no se puede verdaderamente sospechar es el “bien morir”. (...) De ello resulta que nuestro siglo, arrebatado por la pasión de lo real, fue en toda clase de ámbitos, y no sólo en política, el siglo de la destrucción (Badiou, 2011: 77).

De este modo Badiou introduce la idea de un siglo que enfrenta el riesgo de ser protagonizado por un vacío, pero que en realidad, buscó activar lo verdadero bajo el lema de la *pasión de lo real*. ¿En qué consiste tal empresa? Pues bien, este pensador la ciñe a una propensión por lo nuevo, por una invención que evite la repetición, que apueste sin temor por la discontinuidad. Uno de los elementos que intervienen en ello y que Badiou identifica, es la posición del sujeto. Si se hace un recorrido por el pensamiento occidental, se constatará sin dificultades que la crisis de esa noción alcanza un insoslayable ápice con la muerte de Dios. Se sabe que, de acuerdo a toda la tradición cartesiana, el individuo puede acceder a la verdad por una garantía que Dios le otorga. Entonces ¿Cómo pensar a un hombre sin Dios? ¿Estaría éste destinado a abandonar la búsqueda de la verdad? El sujeto trascendental kantiano y su competencia con la razón práctica, el devenir del espíritu hegeliano y la religión de la humanidad propuesta por el positivismo, son algunas de las respuestas que buscaron contrarrestar el frágil lazo entre el hombre y Dios. Badiou señala que en los setentas se forjan dos obras que presentan posibles hipótesis al respecto, coincidiendo ambas en la apertura que el desplazamiento de la idea de Dios produciría. La primera, cuyo portavoz podría ser el Sartre de *Cuestiones de método*, sostiene que el hombre sin Dios debe ocupar el lugar de éste último.

La palabra “fundamento” recapitula la metafísica del humanismo radical: el hombre es el ser que es su propio programa para sí mismo y, que en el mismo movimiento, funda la posibilidad de un conocimiento programático de sí: “El fundamento de la antropología es el hombre mismo, no como objeto del Saber práctico sino como organismo práctico que produce el Saber como momento de su praxis. Ocupar el lugar del Dios muerto es devenir el único fondo de lo que se es” (Badiou, 2011: 214).

Diferente de ese humanismo radical, que aboga ya no por una renovación de la filosofía, sino de la antropología, la segunda tesis estaría introducida por el Foucault de *Las palabras y las cosas*. El correlato que estas dos definiciones tienen en torno a la historia, tiene como resultado una “historialidad de lo verdadero”, esto es, un trabajo histórico que tiene al hombre por protagonista como esencia absoluta, por un lado, y por otro, una serie de epistemes discontinuas sobre las que hay que fijar la mirada a la hora de indagar sobre un comienzo inhumano.

Este último texto se inaugura con un fragmento de *Otras inquisiciones* abundante en provocaciones que hacen a Foucault preguntarse por la configuración de la taxonomía que ordena el pensamiento. Aquí y también en función de su afinidad con Borges, aparece la figura de la *heterotopía*, como opuesta a la *utopía*,<sup>1</sup> señalándose que representa ésta un desafío, puesto que no pertenece al orden de lo irreal, de las fantasías, sino que nos enfrenta a un espacio heteróclito. Este inquieta por remitirnos a un terreno movedizo en la medida en que rompe con las dimensiones de clasificación y nos empuja entonces a un abismo en el que ya no es posible valerse sin más y cómodamente de las denominaciones que venían ordenando el funcionamiento político vigente. De este modo, en este trabajo, se abren una serie de interrogantes por lo tanto vinculados a la formulación de criterios por los que es posible establecer semejanzas y diferencias, insumos mediante los que se sientan los cimientos de las grillas de inteligibilidad de un lenguaje, conformadas a partir de distintas interpretaciones en pugna por los ordenamientos epistémicos del conocimiento. Se trata, en palabras de Foucault, de arqueologías que configuran las bases de una positividad.

Luego de dedicarle un capítulo al juego de representaciones en *Las Meninas* —en donde lo representado está a su vez presente y ausente por ser simultáneamente sujeto y objeto— Foucault menciona cuatro modos de semejanza que operaban como unidad mínima en el siglo XVI: *convenientia*, *aemulatio*, *analogía* y *simpatía*.<sup>2</sup> La primera, refiere a la adecuación, la segunda al paralelismo entre atributos de distintas cosas, la tercera ubica las identidades de relaciones entre al menos dos seres, y finalmente la última, comprende a la identidad entre accidentes. El análisis aquí centrado en las firmas remite a la práctica infinita de conocer, en tanto y en cuanto ésta se defina como la búsqueda de semejanzas que conecten por similitud las cosas, sin contar con una palabra inicial que limite semejante tarea. El quiebre por el que la semejanza deja de regir al pensamiento, es ubicado por Foucault en el siglo XVII, en el llamado mundo barroco.<sup>3</sup> Aparece entonces la teoría de la representación como respuesta a una génesis que surgiría a partir de la unión de un desorden y de una recomposición.

El cuadro de Velázquez no es el único ejemplo que Foucault cita: en el tercer capítulo la figura de Don Quijote funciona como un caso en el que estos se revelan también juegos de semejanzas. El desplazamiento en el orden de

1. Esta distinción también es presentada por Foucault en una conferencia anterior, del año 1967, publicada recién en 1984, bajo el título *Des espaces autres*.

2. En *Nietzsche, Freud, Marx*, Foucault menciona que hay cuanto menos, cinco nociones de semejanza, añadiendo a las recién mencionadas, la de la signatura.

3. Benjamin (2007) es autor de uno de los trabajos más célebres sobre las prácticas artísticas en Alemania en relación con la situación teológica de la época.

la representación no deja a ésta sin otro valor que el de una unión exterior entre los seres y su identidad. Pero en un contexto de nuevas relaciones entre ellas, el personaje de Cervantes aparece como el *héroe de lo Mismo*, por encarnar en cada una de sus aventuras enormes confusiones en el desciframiento del mundo que lo rodea:

Don Quijote esboza lo negativo del mundo renacentista: la escritura ha dejado de ser la prosa del mundo; las semejanzas y los signos han roto su viejo compromiso; las similitudes engañan, llevan a la visión y al delirio; las cosas permanecen obstinadamente en su identidad irónica: no son más que lo que son; las palabras vagan a su ventura, sin contenido, sin semejanza que las llene; ya no marcan las cosas; duermen entre las hojas de los libros en medio del polvo (Foucault, 2008: 64).

Ese modo de acceder a la interpretación por medio de una búsqueda de semejanzas remite a un juego perpetuo de espejos, donde la búsqueda de un reflejo que determine las identidades es infinita. Luego el escenario cambia y la correspondencia entre las palabras y las cosas, abandonan el plano de lo esencial para pasar al de la inmanencia. Esta definición se encuadra dentro de un estudio de las configuraciones que dieron lugar a determinados ordenamientos, algo que Foucault llamará no historia, sino arqueología. Esta guía epistemológica lo llevará a identificar mutaciones que definirán las positivities de distintos umbrales que impactarán en la figura del hombre.

## 2. Debates en torno al léxico político moderno

La naturaleza conflictiva de los lenguajes políticos que es posible esgrimir a partir de lo anteriormente desarrollado, protagoniza también las principales líneas de investigación que surgen de la historia conceptual. En respuesta a la escuela de la *Ideengeschichte*, surgirá la *Begriffsgeschichte*, cuyo máximo portavoz fue Koselleck, y que se concentrará por excelencia en la estructura semántica de los discursos. Éste, citando a Nietzsche donde afirma que “solo lo que no tiene historia puede definirse”, alega que es necesario abstraer a las ideas de su historia. De este modo se aleja del presupuesto de la vieja escuela que sostenía que más allá de las mutaciones por las que las ideas transitan, se preserva intacto un cierto núcleo que las volvería identificables a través del tiempo; afirma que lo que en todo caso cargan, es una serie de desplazamientos históricos sedimentados en su nivel semántico.

El capítulo XIII de *Futuro pasado*, trabajo de investigación sobre el vocabulario político alemán, se inaugura con el siguiente fragmento:

Sin acciones lingüísticas no son posibles los acontecimientos históricos; las experiencias que se adquieren desde ellos no se podrían interpretar sin lenguaje. Pero ni los acontecimientos ni las experiencias se agotan en su articulación lingüística. Pues en cada acontecimiento entran a formar parte numerosos factores extralingüísticos y hay estratos de experiencia que se sustraen a la comprobación lingüística (Koselleck, 1993: 287).

En esta obra se presenta una discusión sobre la historia de los conceptos concentrada en una disputa con el estado actual de la historiografía constitucional alemana. Se parte de la idea de que hay un hiato entre lenguaje e historia que pone de manifiesto el carácter aporético de los conceptos políticos modernos. Sobre dicha problemática

surge una polémica de la que participan también otras voces del pensamiento alemán, como Max Weber y Otto Brunner. Con consideraciones que presentan claras afinidades hacia el primero y diferencias con el último, Koselleck pone en discusión el papel de la historia social: no debiera ésta oficiarse de auxiliar, sino que más bien, toda historia de los conceptos debe partir de una *Einleitung* (anticipación teórica) en la que se vean integrados un plano diacrónico y otro sincrónico. En términos metodológicos, esto implica la necesidad de partir desde un determinado interés orientado al presente, que comprenda a éste en la especificidad del significado de una experiencia temporal, como un diorama capaz de determinar a la vez, un pasado y un futuro. Los conceptos son leídos bajo esta perspectiva no como meras unidades mínimas de un conjunto lexical, sino como portadores de un cambio histórico, algo que, sin dudas, vincula a la historia social con la historia conceptual. A lo largo del escrito, el autor recupera determinadas transformaciones que un repertorio conceptual sufrió en la modernidad, para dar con diferentes significados que a lo largo del tiempo fueron asumiendo algunos conceptos. En el *Sattelzeit* —suerte de periodo bisagra ubicado por el escritor entre 1750 y 1850— se acuña el sentido moderno de una serie de términos que reflejan cambios significativos, habilitados por procesos como la democratización en su uso, que los extendió a nuevos sectores de la población; también influyó la idea su temporalización, que evidenció procesos no estáticos en los que los conceptos se despliegan; además, una *Ideologisierung*, es decir, la apertura a significados abstractos; y por último, la manifestación de su politización por su vinculación con conflictos puntuales.

Los conceptos pues, se vuelven indicadores temporales, pero aún más, se convierten en “instrumentos de control del movimiento histórico”; esto último introduce un elemento ideologizante que excede al espacio estrictamente lingüístico y se traslada al terreno político. De eso se sigue, que en vísperas de descomposición de determinado orden —y aquí Koselleck apunta a mediados de siglo XVIII, cuando el lenguaje político deja de ser monopolio de la nobleza—, se manifiesten los *Kampfbegriffe*, es decir, las luchas por la apropiación de los significados. Cuanto más precisos y menos generales se vuelvan los conceptos, más exclusivos devienen a la hora de delimitar su uso partidario, algo que también impacta en la identificación de los adversarios involucrados en la disputa por la correcta interpretación de los conceptos. Se trata de “formas vacías”, cuyo contenido no puede sino ser caracterizado como arbitrario. Esto quiere decir que, representando problemáticas de determinadas épocas, se produce un enfrentamiento por la colonización de significados que impacta en el orden político vigente.

El planteo metodológico aquí presente, busca entonces trazar una línea diacrónica que reconstruya a partir de determinados contextos, un cierto proceso de conmutaciones. Los conceptos vendrían a representar por consiguiente, un arsenal de posibles significados que han variado a través del tiempo. Koselleck parte de conceptos fundamentales que funcionan como categorías meta-históricas, pero bajo la perspectiva de la *Begriffsgeschichte*, los conceptos se vinculan con procesos argumentativos que representan pujas sociales. En función de lo antes dicho, se vuelve necesario señalar aquello que diferencia y caracteriza las palabras y los conceptos. En principio, ambas comparten la polivocidad: en los dos casos los términos se conforman a partir de significados atados a ciertas connotaciones pretendidas en diversos contextos sociales. Solo que la palabra sí puede volverse unívoca cuando se usa, mientras que el concepto, de hacerlo, abandonaría su naturaleza, puesto que reúne toda una serie de contenidos que connotan su significado sociopolítico, dado que es al mismo tiempo indicador y factor de cierto contexto<sup>4</sup>. En suma, el trabajo de Koselleck, presenta una

4. En palabras de Koselleck: “En el concepto concurren significaciones y lo significado, al pasar a formar parte de la polivocidad de una palabra la pluralidad de realidad y de experiencia históricas, de tal modo que solo se comprende en el sentido que recibe esa palabra. Una palabra contiene posibilidades de significado, un concepto unifica en sí la totalidad del significado. Así, un concepto puede ser claro, pero tiene que ser polívoco. Todos los conceptos en los que se resume semióticamente un proceso completo se escapan a la definición; sólo es definible aquello que no tiene historia (Nietzsche)” (Koselleck, 1993: 117).

consideración sobre conceptos fundamentales para el constitucionalismo europeo en general y el alemán, en particular, que busca reconstruir la vinculación entre éstos y determinados procesos históricos.

Sandro Chignola (2003) recupera en este plano la perspectiva koselleckiana, —destacando sus raíces weberianas— y reconstruye al mismo tiempo su recepción en Italia. Presenta una segunda línea de investigación existente en ese país que se distancia de la primera por no basar los resultados de sus investigaciones en esquemas universales. Partiendo de un análisis crítico y deconstructivo, el autor define su modalidad, dirigida por Giuseppe Duso de este modo:

Si los conceptos políticos modernos poseen una historicidad específica, entonces será posible denunciar su pretensión de vigencia *universal* y *objetiva*; será posible reabrir la discusión en torno a ellos y a su intrínseco carácter aporético, así como valorar la universalidad y objetividad de los conceptos políticos modernos por aquello que son en realidad: resultado de un proceso de sustancialización de los constructos lógicos de la ciencia moderna, constructos que, por otra parte, tan solo podrán ser deconstruidos si podemos trazar la genealogía de dicha ciencia y de sus conceptos (Chignola, 2003: 53).

A partir de este fragmento, es posible identificar que, al igual que en la propuesta teórica de Koselleck, existe una idea de cuño nietzscheano que sostiene que los conceptos no tienen historia, sino que contienen historia,<sup>5</sup> por asumirse la imposibilidad de distinguir en ellos una identidad, una constante en el tiempo: lo que hay son transformaciones que estos atraviesan en distintos contextos. Esto no cabe para los conceptos modernos, cuya génesis sí es posible identificar. En cualquier caso, no se trataría de generar un compendio de significados a los que ciertos términos han estado ligados, sino más bien de analizar las condiciones que hicieron posible la formación de tales significados. Esto es, de poner en movimiento un ejercicio teórico que busque dar con ciertos procesos que operaron en la relaciones políticas de un determinado momento, y que tuvieron como resultado la adjudicación de representaciones categoriales históricamente identificables. Hay, por consiguiente, representaciones específicas de la modernidad, que sería cuanto menos problemático querer eternizar. Este presupuesto está en clara disputa con la pretendida objetividad weberiana, puesto que pone de manifiesto el condicionamiento de todo concepto, que responde a una construcción específica dada.<sup>6</sup>

5. Tal afirmación puede encontrarse en al menos dos textos de Koselleck: en *Begriffsgeschichtliche Probleme der Verfassungsgeschichtsschreibung* y también en el capítulo VIII de *Futuro Pasado*.

6. El panorama de las distintas tendencias que han atravesado a la historia conceptual es mucho más amplio y es recuperado por el trabajo de Palti (2009), quien caracteriza y por lo tanto distingue, a la nueva historia conceptual de la vieja historia de las ideas. Luego de describir el aporte de Koselleck, comenta que es la Escuela Anglosajona la que introduce un instrumento novedoso: el de la pragmática. Se trata de un aporte proveniente del célebre trabajo de Austin (2008) que retoma Skinner, y que distingue en nivel locucionario —lo que se dice, es decir, el significado— e ilocucionario —lo que se hace al decir, es decir, el sentido— de los enunciados. Por otro lado, la Escuela Francesa incorpora la preocupación por la estructura. Como es fácil de prever, esta perspectiva parte de las definiciones saussurianas, para luego distinguir entre lenguajes e ideas, que remiten a problemas que se plantean en ciertos contextos de enunciación. En este sentido, el aporte de Rosanvallon, como portavoz de esa escuela, junto con las demás perspectivas que Palti presenta, redirige el espacio de discusión hacia una historia de los lenguajes políticos.

### 3. Los efectos de verdad y la intervención de la interpretación

Los aspectos que se destacan a partir la denuncia de la intervención de elementos que exceden el campo de lo lingüístico en la conformación de los lenguajes políticos ponen en marcha una serie de interrogantes que son trabajados también por Foucault años más tarde. Este, en la primera de las cinco conferencias que componen *La verdad y las formas jurídicas*, se propone estudiar las prácticas sociales a partir de los dominios de saber. Para esto, recupera la tradición que predominó en la filosofía occidental a la hora de abordar por un lado, la subjetividad y por otro, la idea de verdad. Retoma en función de ello el pensamiento cartesiano, que postula un sujeto transparente, capaz de conocerse a sí mismo, y cuyas representaciones absolutas representaban el insumo fundamental de la verdad. Foucault apunta a revisar este esquema a partir de la idea ya no de un sujeto que constituye la historia, sino de un sujeto que se constituye *en* la historia a través de diversas prácticas sociales, entre las cuales, las judiciales serían las de mayor relevancia. Recurre entonces a Nietzsche, aduciendo que su obra inaugura un nuevo punto de partida que pone en crisis el modelo precedente. Cita un fragmento de *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* donde se anuncia que el conocimiento fue inventado, y marca así, una diferencia entre origen (*Ursprung*) e invención (*Erfindung*). De eso se sigue que el conocimiento no tiene un origen dado, sino que en algún momento fue deliberadamente creado. Así, Foucault muestra cómo Nietzsche le quita solemnidad al tratamiento del tema, señalando que no hay más que circunstancias menores, mezquinas y bajas que acompañan a esa creación. Al no ser necesaria ni del orden de lo natural, la cuestión se termina resolviendo en el seno del azar: no es más que el resultado de una lucha entre dos fuerzas que generan secuelas siempre provisionarias y nunca definitivas de una guerra constante. No es posible entonces concebir al conocimiento en términos de adecuación al objeto a conocer, o bajo categorías fundamentales y esenciales; tampoco parece haber en el proceso por el cual se forja el mismo, sentimientos alegres o felices, sino por el contrario, enfrentamiento y hostilidad.

No existe por lo tanto, de acuerdo a la lectura que Foucault hace de Nietzsche, una identidad entre el conocimiento y el objeto a conocer. Esta premisa representa una cruzada en contra del neokantismo emergente en esa época, que Foucault también identifica en una obra posterior del germano, *La ciencia jovial*, donde aparece tematizado el violento conflicto entre conocimiento y caos. La celebridad de dicho libro es atribuida generalmente al parágrafo en el que se anuncia la muerte de Dios. Dicha existencia era sostenida por la tradición filosófica que buscaba en esa figura una garantía que asegure la continuidad entre el conocimiento y el objeto a conocer. Esto impacta sin dudas en la concepción del sujeto que se mencionó algunas líneas antes: la unidad de un sujeto que desea y conoce, se ve ahora en problemas.

Se llama justamente a este modo de ver el asunto que inaugura Nietzsche, perspectivismo. Esto es, una cosmovisión que se conforma a partir de quien interpreta, siempre desde un punto de vista parcial, limitado y que no admite una verdad universal. Es así como Foucault redirecciona los modos de abordar el conocimiento: buscando sus vínculos con el derecho y el poder:

7. Foucault presenta este modelo, denominado por él como *la hipótesis de Nietzsche* en la primera clase de *Defender la sociedad* (2006) en oposición a otros y señala que la ventaja de éste, es que entiende al poder como una relación de fuerzas.

8. El problema de la interpretación estuvo tradicionalmente asociado a una práctica exegética, cuyo resultado debía derivar en una restauración del sentido que despeje posibles malos entendidos Schleiermacher, (1996). Sin embargo, a partir de otros trabajos que aquí se citan, como el de Nietzsche (2001 y 1984), y Foucault (1995), que presentan líneas de pensamiento que permiten sostener que las representaciones del pasado estarían compuestas por enunciados cuyo valor no se definiría por su fidelidad respecto de los hechos; en cambio, pondrían en evidencia el triunfo de ciertas fuerzas en la disputa interpretativa por el sentido de las cosas. Esto permite dar cuenta de la variación de las interpretaciones de y a lo largo de la historia.

Si quisiéramos saber qué cosa es el conocimiento, no hemos de aproximarnos a él desde la forma de vida, de existencia ascética característica del filósofo. Para saber qué es, para conocerlo realmente, para aprehenderlo en su raíz, en su fabricación, debemos aproximarnos a él no como filósofos, sino como políticos, debemos comprender cuáles son las relaciones de lucha y de poder (Foucault, 1993: 28).

En un texto anterior (2004), Foucault busca definir el trabajo genealógico de Nietzsche, señalando con especial énfasis también aquí, que dicha empresa prescinde de la búsqueda de un origen, de algo puro, que preceda lo sucesivo. Esto simboliza una contienda con la idea de una esencia primaria a la que se podría acceder por medio de indagaciones exhaustivas que logren develar un componente anterior. Lo que parece haber en cambio, son invenciones que surgen como resultado de una determinada configuración de fuerzas no necesarias. Tras rastrear el uso del término *Ursprung* en muchas de las obras nietzscheanas, Foucault se extiende en la diferencia entre *Herkunft*, *Entstehung* y *Erbschaft*. El primero refiere al linaje o grupo social de procedencia; el genealogista que apunte a ello, buscará un hilo conductor que sintetice aspectos que pueden aparecer como accidentes disociados, mas sin pretender una unión entre ellos, puesto que su intervención tendría el efecto de disparar fragmentos de algo que parecía unido. *Entstehung* remite en cambio a la idea de emergencia; ahora bien, el momento de surgimiento que ese término señala no es inocuo por producirse en una determinada configuración de fuerzas que previamente lucharon por el triunfo en ese enfrentamiento. Se trata entonces de un repertorio que sucintamente responde a resultados de intercambios de los que resultan dominados y dominadores, que crean distinciones y definiciones en función de los resultados de las tensiones; esos efectos deliberados que operan con los rituales correspondientes para cada procedimiento tienen forma de valores, y es así como nacen ideas como la libertad, el bien y el mal.

De este modo, se fijan una serie de reglas que legitiman una dominación. Los triunfadores las hacen suyas, acomodando la interpretación que las pone en marcha, de acuerdo a su propia funcionalidad.

Si interpretar fuera sacar lentamente a la luz una significación enterrada en el origen, sólo la metafísica podría interpretar el devenir de la humanidad. Pero si interpretar es apropiarse, de un sistema de reglas que en sí mismo no tiene significación esencial, e imponerle una dirección, plegarlo a una nueva voluntad, hacerlo entrar en otro juego y someterlo a reglas secundarias entonces el devenir de la humanidad consiste en una serie de interpretaciones. Y la genealogía debe ser su historia: historia de las morales, de los ideales de los conceptos metafísicos, historia del concepto de libertad o de la vida ascética, como emergencia de las interpretaciones diferentes. Se trata de hacerlas aparecer como acontecimientos en el teatro de los métodos (Foucault, 2004: 41-42).

Entonces, dice Foucault, las diferencias entre la genealogía y la historia podrían resumirse en los siguientes puntos. En primer lugar, la primera rechaza el punto de vista suprahistórico, absoluto, algo, de lo que la otra conforma una perspectiva solidaria. Esto implica que no hay una constante por reconocer, que atraviese el destino de la humanidad y en la que la historia efectiva se sostenga; por el contrario, lo que ella pretende es partir de fragmentos que

9. Vale la pena aclarar que el término *Erbschaft*, que remite a la idea de herencia, es tan sólo aquí mencionado por Foucault pero no desarrollado como sí lo es el resto de las denominaciones por él reunidas.

piensen a la humanidad desde lo discontinuo. En segundo lugar, la idea de acontecimiento es leída como encadenada a un *continuum*, como parte de un desarrollo teleológico que lo sobredetermina; la historia efectiva lo denomina en cambio a partir del surgimiento de su singularidad, como fuerzas que se disputan en un campo azaroso. Además, mientras que esta última perspectiva apunta a lo más marginal, a los acontecimientos más próximos, la primera dirige su atención a las más grandes jerarquías, a las más altas estructuras. El único modo de convertir esa historia en un análisis genealógico, parece ser que el primero se apodera de los productos del segundo para hacer un uso de ellos. Planteada esta tarea, Foucault muestra cómo Nietzsche en las segundas intempestivas presenta tres modalidades de la historia, que luego metamorfosea: la historia monumental se convierte en parodia, la anticuaria deriva en un uso disociativo de la identidad, y por último el sacrificio del sujeto de conocimiento toma el lugar de la voluntad de conocimiento de la historia crítica.

El problema de la interpretación es retomado en *Nietzsche, Freud, Marx*, donde Foucault apela a la interpretación de la interpretación, que volviendo sobre sí misma conseguiría una apertura de los signos. Así, el pensamiento de estos tres alemanes vendría a inaugurar una nueva derivación de la hermenéutica<sup>10</sup> por instalar de modo radical un cambio en el seno de la interpretación misma. La infinita intervención a la que la filosofía somete a la filología instaure un movimiento que apunta a destotalizar no solo las construcciones semánticas, sino completos regímenes de verdad que sucesivamente operan restringiendo los imaginarios por procurar su legitimidad y conservación. Mas el ejercicio que aquí se propone la interpretación no tiene por finalidad un objeto original, sino que asume una sucesión perpetua de interpretaciones. Es decir que la interpretación no viene aquí a develar el acceso a lo primario, sino que pone de manifiesto un mecanismo que produce en lo referente a los conceptos, domesticaciones de las que el sujeto no sale ileso. Como bien señala Grüner (1995), en definitiva la interpretación es el sujeto, en la medida en que está constituido por las interpretaciones que ensaya sobre su propia relación simbólica con el mundo.

Una de las obras nietzscheanas que más cita Foucault en su conferencia es *La Genealogía de la moral*. En su segundo tratado se aborda este tema en relación a la pena, poniendo en evidencia lo estéril que se vuelve el ejercicio de buscar la utilidad de una cosa al momento de distinguir su origen. Si se trata de establecer conexiones lineales entre una causa y un fin bajo un esquema que conciba que los conceptos fueron mentados con un objetivo transparente y específico respondiendo a una necesidad denominativa dada, entonces se correría el riesgo de poner en consideración toda una serie de aspectos que involucran a un juego de dominaciones en pugna. Dice Nietzsche que toda designación representa el resultado de una disputa por la reapropiación del sentido de las cosas. Mas ese acto por el cual se somete bajo un cierto yugo nunca está clausurado, sino que es pasible de ser modificado por otra voluntad de poder en un nuevo acto de (re)enseñoramiento. Esa práctica consiste en un juego en el que una fuerza mayor somete a una menor y consigue entonces colonizar provisoriamente un elemento. No es más que una contienda de la que participan distintas interpretaciones. En palabras de Nietzsche:

(...) la causa de la génesis de una cosa y la utilidad final de ésta, su efectiva utilización e inserción en un sistema de finalidades, son hechos *toto coelo* [totalmente] separados entre sí; que algo existente, algo que de algún modo ha llegado a realizarse, es interpretado una y otra vez, por un poder superior a ello, en dirección a nuevos propósitos, es apropiado de

10. En *El conflicto de las interpretaciones*, Ricoeur (1985) sostiene que Nietzsche, Freud y Marx pertenecen a la escuela de la sospecha, que se distingue de aquella que busca la recolección del sentido, por guiarse por un ejercicio interpretativo que desenmascare el sentido de las cosas. La interpretación que Foucault lanza de estos tres escritores apenas unos años antes, es sin embargo distinta.

un modo nuevo, es transformado y adaptado a una nueva utilidad; que todo acontecer en el mundo orgánico es un subyugar, un *enseñorearse* es un reinterpretar, un reajustar, en los que, por necesidad, el “sentido” anterior y la “finalidad” anterior y tienen que quedar oscurecidos o incluso totalmente borrados. (...) Pero todas las finalidades son sólo indicios de que una voluntad de poder se ha enseñoreado de algo menos poderoso y ha impreso en ello, partiendo de sí misma, el sentido de una función; y la historia entera de una «cosa», de un órgano, de un uso, puede ser así una ininterrumpida cadena indicativa de interpretaciones y reajustes siempre nuevos (...). El “desarrollo” de una cosa, de un uso, de un órgano es, según esto, cualquier cosa antes que su *progressus* hacia una meta, y menos aún un progreso lógico y brevísimo, conseguido con el mínimo gasto de fuerza y de costes, sino la sucesión de procesos de avasallamiento más o menos profundos, más o menos independientes entre sí, que tienen lugar en la cosa, a lo que hay que añadir las resistencias utilizadas en cada caso para contrarrestarlos, las metamorfosis intentadas con una finalidad de defensa y de reacción, así como los resultados de contraacciones afortunadas (Nietzsche, 1996: 87-89).

Si volvemos sobre Koselleck, inmediatamente deberíamos remitirnos al primero de los postulados que se mencionaron, cuyo contenido recoge del mismo Nietzsche: solo es posible definir aquellos conceptos que no tienen historia. Esta afirmación aparece en el párrafo siguiente del fragmento recién citado<sup>11</sup> donde el castigo sigue siendo tema de discusión en función de la interpretación de su sentido. Afirma allí que es indefinible por estar cargado de una síntesis de sentidos que en la historia lo han caracterizado, lo que demuestra cómo puede ser utilizado, interpretado y modificado en función de distintos intereses.

#### 4. Reflexiones finales

Recapitulando: la práctica que busca en un contexto de crisis de sentido definir al conocimiento —no ya como una tarea imbuida en un perpetuo ejercicio de un reconocimiento de representaciones en el que se subordinan las diferencias a la identidad de un concepto y que toda vez remite a otro semejante— abre un horizonte heteróclito, que se define por un fondo abismal en el que las denominaciones se suspenden. Esta mutación fue descrita con el apoyo de la arqueología que Foucault propone cuando ubica en el barroco una ruptura con el esquema de la semejanza. Dicha transformación pone de relieve el carácter aporético de los lenguajes políticos, algo que es retomado por las distintas corrientes que protagonizan la historia conceptual. En este sentido, se recuperaron las principales nociones propuestas por Koselleck, quien señala que los conceptos son portadores de un cambio histórico, y por lo tanto, reflejan el resultado de pujas sociales que se disputan el uso de las palabras en función de su polivocidad. La existencia de una lucha por la apropiación de los significados fue retomada para luego ir más allá del *Kampfbegriffe* en el orden de lo semántico. En esta instancia volvimos al pensamiento de Foucault, allí donde se hace fuerte su herencia nietzscheana y propone pensar los lenguajes del siguiente modo: una vez que dejan de ser pensados a partir de un origen, pueden ser analizados como deliberadas invenciones creadas en función de determinados intereses. Dicho presupuesto responde

11. Agradezco la colaboración de Elías Palti en la ubicación de esta cita.

también a una máxima de cuño nietzscheano que postula la necesidad de suprimir la historia de los conceptos para dar con su definición y afirma que puesto que no hay origen, hay invención. Lo anterior sólo es posible si se comprende la existencia de un elemento ideologizante en la definición de los conceptos que excede lo lingüístico y que abre un campo de lucha por la adjudicación de los sentidos de las cosas, realizándose éste en la creación de reglas que legitiman una determinada dominación. Por otro lado, el problema de la interpretación que fue introducido a partir del trabajo de Foucault, abrió una variable más en el análisis, que no operó sino incorporándose en complementariedad a las anteriores. Así, se derivó entonces en una idea de genealogía que se construye a partir de sucesivas interpretaciones que fueron confiscando el uso de distintos términos.

Planteado este escenario, se produce una preocupación por la redefinición del fundamento en el que se basa la legitimidad del pensamiento político. En un ámbito de indeterminación se desafían los modos de acción política presentándose el riesgo de una precipitación hacia la anulación del sentido que anunciamos con Badiou al inicio del texto. Mas el despliegue de este embate que (des)monta conceptos mediante un análisis de las construcciones intelectuales, no se completa con una sentencia de nihilismo decadente. Ese recorrido puede tomar este giro cuando se introducen las ficciones lógicas como antídoto ante la ausencia de un fundamento inapelable. En este sentido, es posible apelar a formas que obedecen a la necesidad de mantener ciertas logicizaciones como errores útiles, como saberes provisorios, que nos permiten pensar estas redefiniciones. Nietzsche (2001) plantea la utilidad de errores para la vida, que no por ello quedan demostrados; se trata sencillamente verdades *humanas*. Y aún más: retomando el trabajo de Badiou (2011), se vuelve pertinente en esta instancia regresar al capítulo dedicado a las vanguardias, donde se propone una hipótesis para comprender el papel de los manifiestos y proclamas. Afirma que se tratan éstos de refugios en los que se cobijan quienes sufren de una pasión por el presente.

Esa invención retórica de un porvenir de lo que está existiendo bajo las trazas del acto es, señálemoslo, algo útil y hasta necesario tanto en política y arte como en el amor, en el que el “te amo para siempre” es el manifiesto, evidentemente súper realista, de un acto incierto. (...) puede enunciarse como un teorema que donde no hay metalenguaje debe advenir una retórica proyectiva. Esa retórica da abrigo en la lengua a lo que tiene lugar, aunque sin nombrarlo ni aprehenderlo (Badiou, 2011:175-176).

Son, sin más, figuras retóricas capaces de operar útilmente en circunstancias que requieran amparo.

Ahora bien, a partir de lo antes dicho podrían plantearse nuevos interrogantes. Ante una crisis en la cosmovisión que ordenaba el pensamiento político moderno ¿cabe esperar una huída respecto de esa tradición? Tal vía plantearía algunas dificultades, en principio porque las categorías con las que se piensa siguen siendo subsidiarias de dicha perspectiva. Palti (2009) comenta esta paradoja posible de resumir escuetamente del siguiente modo: cómo es posible que surjan desde ciertos lenguajes y paradigmas discursivos, proposiciones que provoquen en ellos una torsión tal, que lleguen al punto de deslegitimarlos por completo. Entonces ¿correspondería anticipar una transformación como un pasaje de una perspectiva a otra que le es completamente ajena? ¿Es posible concebir un proceso en el pensamiento que logre semejante extrañación? Ante un escenario frente al que cabría pensar un abismo entre una experiencia precedente y una venidera, el hiato parece cerrarse: se parte de una tradición, con la que es posible dialogar, o pelear, pero con la que no parece ser posible desentenderse. De lo anterior se sigue que, para este caso en particular, tal vez en lugar de identificarse una superación luego de la crisis, lo que puede advertirse es una dilatación de ella, en la forma de una continua convalecencia, que desafía al pensamiento contemporáneo

a optar por sostenerse sin fundamentos últimos, pero estableciendo criterios provisorios que le permitan sobrevivir sin desconocer en ellos una huella política.

## Bibliografía

- Austin, John (2008), *Cómo hacer cosas con palabras*, Buenos Aires, Paidós.
- Benjamin, Walter (2007), *Obras*, Libro I/V. 1, Madrid, Abada.
- Badiou, Alain (2011), *El siglo*, Buenos Aires, Manantial.
- Chignola, Sandro (2003), "Historia de los conceptos, historia constitucional, filosofía política", en *Res publica*, nº 11-12, pp. 27-68.
- Foucault, Michel (1993), *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa.
- (2008), *Las palabras y las cosas*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (2006), *Defender la sociedad*, Buenos Aires, FCE.
- (1995), *Nietzsche, Freud, Marx*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto.
- (2004) *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Valencia, Pre-textos.
- Grüner, Eduardo (1995), "Foucault: una política de la interpretación en M. Foucault", en *Nietzsche, Freud, Marx*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto.
- Koselleck, Reinhart (1993), *Futuro pasado*, Barcelona, Paidós.
- Lefort, Claude (2004), *La incertidumbre democrática. Ensayos sobre lo político*, Barcelona, Anthropos.
- Nietzsche, Friedrich (1990), *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Madrid, Tecnos.
- (1996), *La genealogía de la moral*, Madrid, Alianza.
- (2001), *La ciencia jovial*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (1983) *Más allá del bien y del mal*, Buenos Aires, Hyspamerica.
- Palti, Elias (2009), "Las nuevas tendencias en la historia político-intelectual", en Brauer, D. (comp.), *La historia desde la teoría*, v. II, Buenos Aires, Prometeo, pp. 9-22.
- Ricoeur, Paul (1985), *Freud: una interpretación de la cultura*, México, Siglo XXI.
- Schleiermacher, Friedrich (1996), *Ermeneutica*, Milán, Rusconi.

## Resumen

El propósito del siguiente escrito consiste en abordar algunos aspectos de la conceptualización de lo político. En vistas a ello, se partirá de un principio metodológico que retome la historia conceptual de lo político a partir de Koselleck, pero sin al mismo tiempo perder de vista una perspectiva genealógica. Esto se traducirá en un trabajo que aborde la obra de Michel Foucault, allí donde su herencia nietzscheana se evidencie con fuerza, y que recupere al mismo tiempo un escrito previo de enorme relevancia, como es *Les mots et les choses*. Con tales fines se prevé trabajar en torno a tres grandes ejes: historicidad de los conceptos, interpretación y verdad.

## Palabras clave

Historia conceptual - interpretación - verdad

## **Abstract**

The following paper aims to study some aspects of the conceptualization of the political. In order to do that, the conceptual history and Koselleck's work will be taken as a methodological axe. Then, Foucault's perspective will be considered not only through *Les mots et les choses* but also through some of his later works where his Nietzschean heritage is manifested. Three axes will be worked with that purpose: historicity of speeches, interpretation and true.

## **Keywords**

Conceptual history - interpretation - true